

INFINITAMENTE NOCHE

de MIGUEL OCA MERINO

La obra de Miguel Oca es un documento. El escritor en este caso ha parado el tiempo. Una juventud que pasea por la Rambla asoma sus problemas por las páginas del libro. Estos hombres definidos e indefinidos, contundentes, abigarrados, crédulos de lo esencial y huidores de la rutina consustancial de la vida como visión de inercia, aunque muchos de ellos carentes de coraje se dejen arrastrar por un estatismo culpable, no sin entrever la vaciedad de su vida en un máximo de angulosidades estériles.

Parar el tiempo y ser un documento implica una visión objetiva, implica sublimarse de nostalgia abandonando en el camino macizos trozos de vida que no han de recuperarse. Pese a ello Oca hace gala de una valentía nada ocasional. El relato en constante hilvanar situaciones sostenidas llega a su final del que podría nacer de nuevo la novela. Los problemas de la misma pueden ser los de esta juventud estéril que parece que ya vaya abriendo el pecho a la esperanza, pero la obra «Infinitamente noche» está concebida como un relato objetivo al margen de toda situación —consecuencia y de todo sentido conclusivo de solución. Ahí quedan estos personajes hechos giros de vida, llagas de tierra, sangre de lucha, inocentes por dentro e intentando ser necesariamente duros por fuera. Porque todos del primero al último luchan por algo aunque solo sea por intentar desangrar este tedio vertical que los roe. La lucha no es necesario manifestarla ni hablarla basta con presentirla, con desealarla para que acuda con su desnuda vitalidad a hacer frente a todos aquellos que se encogen gratuitamente de hombros.

Nuestro mundo es un mundo de valores; de verdades, de hombres que se enfrentan a sus problemas esenciales; un sentido absoluto e infalible de lucha de verdad y de consecuencia podría parecer estéril en-

tre nuestro individualismo precursor de nuevos sentidos éticos.

Hay mucho pensamiento en esta novela de Oca Merino, hay un ansia de construir al hombre de hacerlo despertar de su pura y culpable inhibición. Emilio, uno de los personajes interesantes del libro dice: «No se podría estar sin sentir nada en el mundo». Por boca pues de un personaje de su obra Oca hace profesión de esperanza en un canto a esta juventud inconciente que quiere irse sin dejarnos casi ni un recuerdo. Esta esperanza es incisiva, es la que reclama la vida, a veces de forma inconciente pero imperativa y dramáticamente.

El título de la novela no es infinitamente desesperanzado sino que hace referencia al infinito de las vivencias de la noche física, de la noche solar sobre las cabezas de quienes en la luz del sol viven casi sin un mínimo de libertad. Deben vivir esta vida de lejos, esencia de cobardía y de prejuicio contenido.

Su prosa se mueve entre lo barroco y lo esencial y sus metáforas en concomitancia directa con el subconciente son de una gran belleza. Tengamos en cuenta que este concepto de belleza forma parte de esta sublimación absoluta, íntima y potencial de las posibilidades humanas. Actualmente belleza es sinónimo de esfuerzo y de proyección, de empuje hacia el campo futuro donde el sentido vírgen de nuestra intimidad, hundida entre unos prejuicios insustanciales, clama por alcanzar una nueva faz de nuestro proceso espiritual. Uno de los personajes del libro nos dice: «Es necesario imaginarse que uno es fuerte. A este mundo se ha venido ha ser fuerte. A clavarse en la tierra como un árbol y morder. Quién se achica está perdido». Esto representa algo más que un hondo vahído de esperanza. Esto es un reto en el campo de lucha, esto es no querer ser espectador, es

no nacer vencido. En definitiva Miguel Oca intuye un mundo mucho más ancho que el de su novela, y entreve-mos en sus personajes una robusta esperanza una vez traspasada la servil circunstancia de los campos limitados.

La obra está formada más de un mosaico de tipos que de unos caracteres predominantes.

Hay un párrafo donde se refleja magníficamente este podríamos decir «phatos» andaluz: «Mira —dijo Lope— estos hombres se preparan a bien morir. Así, oyendo aires de la tierra, vuelven a la infancia, y en cualquier día de nostalgia profunda se mueren, y van al cielo. El cielo está lleno de andaluces. Yo creo que ni les juzgan. Como que se mueren a millares. San Pedro dice: «Son andaluces». Y el Señor con un gesto de lástima, asiente: «Que pasen pobrecillos . . . »

La unidad por esta circunstancia de juventud de la novela de Miguel Oca, está muy lograda. Para un juicio definitivo necesitamos de sus obras futuras. Pese a ello en esta apunta muy altos valores de novelista, respaldado por un afán que no conoce el cansancio de ser hombre de su tiempo, preocupado por su tiempo, pero que no por esto desconoce en la novela una fidelidad absoluta a la marea espiritual de este campo anchuroso de vida animado por hombres, por luchas, por afanes futuros y muchas veces aleccionados con sangre cuyo dulce sabor nos hermana en todas las épocas con nuestros enemigos.

Miguel Oca sale a la palestra literaria con un libro considerable, seguiremos con interés su tarea de escritor, y que bien pronto podamos leer su segunda novela que ya sabemos tiene escrita.

LUIS BOSCH C.